

En la cima más alta de Nueva York: Federico de Onís, frontera y mercado

FERNANDO DEGIOVANNI

THE GRADUATE CENTER, CUNY



En 1920, cuatro años después de asumir el puesto de profesor de español en Columbia University, Federico de Onís (1885–1966) señalaba en un discurso pronunciado en Salamanca que había encontrado en Manhattan un sitio donde se levantaba “toda una España ideal, hecha de pedazos reales de España” (687). Y precisaba: en “la cima más alta de esta inmensa ciudad de Nueva York”, situada en medio de la “vida tumultuosa y agitada” de Broadway y Riverside Drive, “hay un remanso de sosiego y silencio maravillosos, donde el alma pura y exaltada de España vive y sueña”. Como un viajero por tierras exóticas que relata frente a incrédulos oyentes una historia fantástica, Onís se estaba refiriendo en su discurso al edificio de la Hispanic Society of America, inaugurado en 1908 por el millonario norteamericano Archer Huntington, un lugar que para él había sido “una prolongación de la patria, un refugio de paz y de descanso, donde he vivido algunas de las horas más intensas de mi vida”. Los elementos clave de esta España extraterritorial, más perfecta incluso que la propia España, parecen ser esos “pedazos reales” de la patria que también definen la aparente lucha entre espiritualismo y materialismo que Onís está librando desde Columbia, situada entre esas mismas avenidas de Manhattan. Lejos de constituir fragmentos ruinosos, los “pedazos reales” que conforman ambos enclaves heterotópicos no son otra cosa que los soportes de una economía simbólica según la cual la España posimperial debe seguir afirmando el relato de ocupación y expansión que ha marcado su destino histórico.

Onís había llegado a Columbia en 1916, veinte años antes del estallido de la Guerra Civil, y como consecuencia de otra guerra: la hispano-cubano-norteamericana. En ese contexto, no fue un exiliado, sino un nuevo adelantado. El arribo de Onís a Estados Unidos estuvo vinculado al programa de “acción cultural española” en el exterior desarrollado por la Junta de Ampliación de Estudios (JAE), agencia estatal española destinada a fomentar desde 1907 la investigación superior y las relaciones científicas internacionales en el contexto de la recuperación de España después de la pérdida de las colonias en 1898. Más que de espaldas a las corrientes del mercado que circulaban por las grandes avenidas de Manhattan, el nombramiento de Onís había respondido a la necesidad de encontrar un nuevo lugar para España en el marco de una economía cultural

según la cual la lengua española resultaba clave para garantizar el acceso de Estados Unidos a América Latina. Conocida bajo el rótulo de panamericanismo, la política expansionista de Estados Unidos veía en América Latina el escenario inmediato de sus nuevos intereses financieros y militares. Eso haría que la enseñanza del español en Estados Unidos se acelerara drásticamente a medida que crecía el desprestigio del alemán a raíz de la Primera Guerra Mundial y Estados Unidos comenzaba a asentar su presencia en el Caribe con la apertura del Canal de Panamá. El mismo año en que Onís llegaba a Columbia, uno de los agentes intelectuales del panamericanismo, Alfred Coester, un profesor de español de la Commercial High School de Brooklyn y exespía de las actividades alemanas en Sudamérica, publicaba *The Literary History of Spanish America*, la primera historia literaria del continente en lengua alguna; al año siguiente, en 1917, se creaba la Asociación de Profesores de Español y su revista, *Hispania*, entidades en las que Coester ocuparía cargos directivos por varias décadas.

Desde Nueva York, Onís abriría un frente alternativo al programa panamericanista en una batalla por el futuro del legado imperial español que ahora involucraba la consolidación de Estados Unidos como fuerza hegemónica en América Latina. Las responsabilidades de este discípulo de Miguel de Unamuno y Ramón Menéndez Pidal no se limitarían, sin embargo, a supervisar las necesidades curriculares de la universidad dentro de un renovado escenario pedagógico para la enseñanza de las lenguas. Para la dirigencia de la JAE, la aplastante derrota de España no debía transformarse en una postura crítica frente a la avanzada de Estados Unidos en la región, en la línea planteada por el *Ariel* de José E. Rodó (1900). En ese sentido, de cara a los intelectuales que sostenían una fuerte retórica antiestadounidense después de la guerra de 1898 en discursos contra el materialismo y la ocupación militar del Caribe, Onís señalaba en Salamanca: “No esperéis de mí una palabra de jactancia española ni de desdén por este gran pueblo [Estados Unidos] donde se está fraguando una civilización llena de realidades y de promesas. . . . Siempre me ha parecido vacía de sentido la actitud de los negadores de una cultura nacional sin negar la cultura misma” (681). De hecho, en su intervención, Onís caracterizaría la expansión geopolítica de Estados Unidos como resultado de un “certero instinto, la posibilidad única de apoderarse de aquellos mercados [los latinoamericanos]” (689).

Operando como representante oficial de la JAE, Onís se propondrá incrementar la producción de saberes especializados sobre España en Estados Unidos, así como abrir brechas para la reinserción de la antigua potencia imperial en la nueva geopolítica hemisférica. Más que enfrentar a Estados Unidos era necesario insertarse decididamente en sus redes institucionales con el objetivo de acrecentar los réditos culturales y económicos para España. La estrategia consistiría en defender una antigua doctrina: la de la *translatio imperii*, por la cual la antigua potencia imperial debía presentarse como maestra de la nueva (Degiovanni 63–84). El espacio educativo aparecía como el contexto más favorable para dar ese salto. La creciente demanda de docentes de español creaba un escenario sin precedentes para la confluencia de nuevos y viejos intereses en América Latina: al tiempo que Estados Unidos había buscado expandir su influencia hemisférica apoderándose de las últimas posesiones ultramarinas de España, España intentaría consolidar su presencia en el espacio académico norteamericano. El cálculo

político era claro: Estados Unidos carecía del personal docente suficiente para llevar a cabo semejante empresa; América Latina estaba lejos de poder exportar investigadores formados al estilo de los egresados del Centro de Estudios Históricos, organismo central de la JAE. La forma en que es descripta la llegada de Onís a Columbia en los medios españoles revela este propósito: se lo caracteriza como “adelantado” de una política exterior destinada a servirse de la estructura académica norteamericana para llevar a cabo sus fines.¹

Una política de fronteras

Santiago Ramón y Cajal, presidente de la JAE, aprobó la continuidad del pago salarial de Onís en Estados Unidos bajo un pretexto geopolítico. Según Cajal, Onís se encontraba allí “para estudiar . . . el cultivo de la lengua y literatura española” en tanto “España no puede sustraerse, sin *grave daño* para su *futura situación en el concierto internacional*, a los requerimientos . . . de encauzar y dirigir la corriente hispanista, *con más títulos que los pueblos hermanos del continente americano*” (citado en Naranjo et al. 137; el destacado es mío). La referencia de Onís a la necesidad de incidir en el proyecto panamericanista ocupando los marcos y recursos institucionales disponibles en Estados Unidos encuentra eco en una carta suya dirigida a Américo Castro en 1928: “¿Es que alguien cree que si nosotros no colaboramos con los norteamericanos, éstos van a quedarse quietos? Seguirían haciendo lo suyo sin contar con nosotros, como ya hacen, y la *influencia* que hemos logrado ejercer para *encauzar* las actividades hispano-norteamericanas *en un sentido favorable a nuestros intereses*, será siempre una gran ventaja para nosotros” (Onís, *Cartas* 132; el destacado es mío).

Onís adopta aquí un tono inconfundiblemente patriótico que no duda en apelar a todos los recursos de la diplomacia más agresiva. Es la idea de un “grave daño” para la “futura situación en el concierto internacional” la que subraya el modo categórico en el que la política exterior española apunta a construir su lugar en un mundo dominado por Estados Unidos. En el discurso de Salamanca, apuntaría que entre los enemigos del hispanismo en Estados Unidos estaban, por un lado, los profesores de francés e italiano —que veían en la expansión del español una posible disminución de su poder académico, y le negaban al idioma “todo valor cultural” (693–94)— y, por otro, los “hispanoamericanistas a ultranza” que “hacen un daño aún más grave al estudio del español, porque éstos están *dentro de casa* y su actitud se apoya en *el mismo sentimiento popular* que lleva a los norteamericanos [panamericanistas] a buscar el conocimiento de nuestra lengua” (696; el destacado es mío). Para Onís, la concepción “práctica” que los panamericanistas tenían del aprendizaje de la lengua debía ser combatida por medio de la promoción “del alto sentimiento de España . . . logrado en el campo de la especialidad” (691). En otras palabras, resultaba necesario otorgarle un “prestigio” social y cultural a la enseñanza del español que el panamericanismo

¹ “[N]uestro verdadero adelantado” llama Moreno Villa a Onís en la revista *Residencia de Madrid* (1931); el periódico *El Adelanto* de Salamanca lo distingue como “Adelantado Mayor de la cultura hispánica en Norteamérica” (1934). Citados en Naranjo et al. 252–53.

utilitarista no podía o no quería darle, y para lo cual era necesario desvincularla de la lógica de las economías de mercado, pero sin renunciar a ellas.

Aunque iniciada por Rafael Altamira en 1907, la organización de programas culturales españoles en el exterior no se expandirá de modo sustancial hasta la década de 1920, y de ella participarán de igual modo monárquicos y republicanos. La lógica de continuidad de la guerra por otros medios está en el centro de su programa. El surgimiento de departamentos de asuntos culturales para el extranjero en Francia y Alemania —establecidos sobre la base de las antiguas agencias de propaganda bélica— resultó un ejemplo decisivo en la formulación de iniciativas similares en España, donde en 1921 se creó la Oficina de Relaciones Culturales del Ministerio de Estado (Naranjo et al. 161). La Oficina privilegió Estados Unidos (dentro de los que se contaba como pieza fundamental a Puerto Rico) y Argentina como ejes de intervención directa. A partir de estos polos —puntos americanos de un triángulo trazado desde España— se organizarían actividades y viajes de los representantes españoles a otros países de la región.

¿Pero por qué estos puntos y no otros? En mi lectura, la elección de Estados Unidos y Argentina como ejes de la tarea de gestión y promoción académica obedecería a una estrategia de intervención cultural en dos territorios que estaban siendo ganados por comunidades alejadas de cualquier origen “hispanico”. Aunque aparentemente distintos por su conformación lingüística y cultural, Estados Unidos y Argentina no solo eran los dos polos económicamente más prósperos y demográficamente más diversos de la cuenca atlántica; también eran espacios donde el legado cultural español se encontraba “amenazado” y “sitiado”, en diversos grados y medidas, por la presencia masiva de hablantes de otras lenguas europeas. Por un lado, el expansionismo norteamericano había supuesto el decidido avance del inglés en Puerto Rico y el suroeste de Estados Unidos, posesiones del antiguo imperio español. Por otro, Buenos Aires, junto a millones de inmigrantes extranjeros no hispanohablantes organizados en influyentes asociaciones culturales, contaba con una elite declaradamente anglófila y francófila, tenida a veces por condescendiente con España.

De hecho, fue este contexto social y cultural lo que llevó a Onís a entender Estados Unidos y Argentina como espacios de “frontera”. Las zonas de alta densidad poblacional indígena, como el área andina o México, no fueron prioridad de la política cultural española y no serían conceptualizadas en estos términos; la presunción era que allí las elites letradas de origen colonial podían defender por sí mismas el legado hispanico. La noción de frontera en Onís se constituye sobre la paradoja de que el “alma de España” se manifiesta de manera más fuerte cuanto más lejos se está de ella, razonamiento extraño al nacionalismo de fundación estatista, pero decididamente eficaz a la hora de avanzar un programa de expansión cultural transatlántica después de una época de significativas pérdidas territoriales. Los panamericanistas partían de la noción de que Estados Unidos no era un país hispanico ni hispanoparlante: la lengua era para ellos un instrumento estratégico para la formación de agentes públicos y privados eficaces a la hora de ampliar la influencia de Washington y de las empresas norteamericanas en el mercado latinoamericano. Los dirigentes culturales españoles trabajaban sobre otra premisa; para ellos Estados Unidos era un país “hispanico”, pero no por los millares de inmigrantes y exiliados españoles y latinoamericanos que vivían en

él, sino por los vestigios de tradición española reconocible en lo que fueron las antiguas posesiones en América.² Ajeno a todo reclamo de soberanía directa, su planteo se fundaba en la necesidad de situar a España en el centro de las relaciones económicas y culturales entre Estados Unidos y América Latina.

La obra institucional y ensayística de Onís se centrará en Puerto Rico, Nueva York y, en menor medida, el suroeste de Estados Unidos. “Siempre un lugar fronterizo de la cultura hispánica”, escribiría en el prólogo de su compilación *España en América*, Puerto Rico era un frente crucial en la batalla iniciada por un imperio por hacerse cargo de territorios incorporados ahora a otro imperio (7). En este contexto, la fundación del Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico, en 1927, como una dependencia de Columbia constituye un episodio saliente de la disputa librada entre panamericanismo e hispanismo por moldear la cultura futura de la isla (Naranjo et al. 200). Nueva York, por su parte, era considerada uno de esos territorios de frontera debido a la comunidad sefardita que habitaba en la ciudad, una elección que llevaría a Onís a propulsar los estudios sefarditas en Columbia, visitar centros sefarditas y escribir llamados a construir una “España eterna” en periódicos publicados en judeoespañol.³ Por último, Onís reclamaría los territorios de Texas a California, perdidos por México a mediados del siglo XIX a raíz de la intervención norteamericana, como parte integral de la herencia histórica y cultural de España.

Patriotismo de frontera

La invención de un campo —el de los “estudios hispánicos”— le permitirá a Onís articular la frontera como espacio estratégico para la ampliación de las economías culturales del hispanismo. Ese espacio disciplinario servirá para afirmar no solo una España unificada más allá de los regionalismos y por encima de ellos, sino también para ratificar la continuidad y la permanencia extraterritorial de la cultura española. El concepto de guerra y de frontera expandida y en movimiento jugaba para Onís un rol central a la hora de entender la historia de España e imaginar su futuro. A través de sucesivas avanzadas militares, Castilla había confirmado —según Onís— su lugar triunfante en España y América, absorbiendo sin resistencia las culturas de sus oponentes: “El carácter español ha adquirido siempre su plena realización en la *frontera*. . . . Las grandes obras de esa lengua se han escrito en las fronteras: el *Cantar del Cid*, en el siglo XII, en la frontera de Castilla con los moros; el *Martín Fierro*, en el siglo XIX, en la frontera de la Pampa argentina con los indios” (*España en América* 28). Lo “hispánico” como categoría transnacional había nacido así de una nación guerrera paradójicamente benévola y acogedora en las fronteras. Según Onís, “el carácter español guerrero,

²James D. Fernández ha señalado que “la elite cultural española apenas se relacionaba con su correspondiente comunidad inmigrante” (184).

³Ver, por ejemplo, “Lo que era España cuando vivían los judíos en ella”, publicado en *La Vara*, diario sefardita neoyorkino, en 1937 (Onís, *España en América* 103–11). Onís consideraba al “español hablado por los judíos sefardíes” una “lengua secundaria de importancia histórica” (725).

conquistador, dinámico, y al mismo tiempo comprensivo, prudente y conciliador, que se formó en la frontera, es el que inspiró a los grandes clásicos españoles en sus creaciones universales, en las cuales siempre late un conflicto fronterizo”. Lo “hispánico” podía ser conceptualizado, por lo tanto, como una zona de conflictos, pero siempre en busca de homogeneidad lingüística y estética. Para Onís la frontera no era el sitio de la disolución y el debilitamiento de la identidad cultural, sino el de su consolidación y expansión.

En “La eternidad de España en América” (1942), Onís retoma una temática propia de la historiografía imperial del siglo XIX según la cual la españolidad se va anclando en tiempos y espacios diversos, pero sin deshacerse nunca; es una fuerza que en su avance todo lo absorbe, que no reconoce sino formas expansivas de su mismidad. Por eso, en el fondo no hay para Onís más que “Españas” y “cultura española en América”; la españolidad es algo voluble que no tiene afuera y frente a ella cualquier otra tradición resulta accidental, menor o irrelevante. De hecho, la españolidad aparece en él como algo inevitable. En un artículo de 1931 publicado en el periódico hispanoparlante *La Prensa* de Nueva York, Onís señala que “bajo el nombre de ‘las Españas’ [cabén] todas las formas diversas que España ha tomado a través de los tiempos y de los pueblos en su *fecunda y magnífica carrera histórica*” (*España en América* 736; el destacado es mío). Dos años después, en 1933 escribe un artículo para el mismo periódico donde afirma que uno es español “a veces sin que se sepa o se quiera”, y subraya, apuntando a los integrantes de las colectividades locales que leían el periódico, pero, sobre todo, a los judíos sefarditas: “Españoles son de diversos modos los que nacieron en España y en los pueblos de todos los continentes que España creó con su lengua y su espíritu; los que España expulsó de su seno y conservaron hasta hoy su lengua en Salónica, en Tánger o en Nueva York” (39).

El concepto de frontera en esta teoría de la españolidad inevitable no tenía otra opción que formularse a través de una serie de paradojas, de inspiración claramente unamuniana. Onís, al tiempo que apunta el valor distintivo de América de cara al *futuro*, destaca el peso decisivo que en ella tiene el *pasado* español; y en la medida que subraya la *distancia* de América con respecto a España, apunta su *cercanía* a la antigua metrópoli. Señala, en este sentido, que los viajes y la lectura de las obras de las antiguas colonias dan “a menudo la impresión de hallarnos ante realidades españolas del pasado *más puras e intactas* que las que se conservan en ningún sitio de España” (14; el destacado es mío). El objetivo de Onís es hacer de España parte ineludible de la historia de Estados Unidos y factor irremplazable a la hora de estudiar las antiguas colonias españolas, algo que los representantes del panamericanismo no estaban dispuestos a admitir. En ese sentido, Onís advierte: “la significación espiritual de España es un factor con el que tienen que contar [los panamericanistas] al desarrollar cualquiera de los planes que se propongan llevar a cabo en la América española . . . somos los depositarios y creadores de una civilización” (698–99). Y concluye: “Los pueblos hispanoamericanos son hijos de España: hay, pues, que ir a la fuente y conocer a España” (690).

En última instancia, Onís quiere posicionar a España en la historia y cultura de Estados Unidos a partir de un relato expansionista de disidencia e iniciativa individual que se atreve a presentar como anterior incluso a la doctrina del “Destino

Manifiesto”. En “España y el sudoeste de los Estados Unidos”, conferencia pronunciada en Texas en 1942, vuelve al tema de la frontera para apuntar, en otra de sus paradojas, que “la lejanía de España y la organización peculiar de estas regiones fronterizas no disminuían, sino que más bien aumentaban su carácter español, porque la frontera jugó en España muchos siglos antes que en los Estados Unidos el mismo papel que en estos” (27). Antes de que Texas, Nuevo México y California fueran territorios norteamericanos, España había depositado allí la honda “intención . . . de buscar nuevas posibilidades” (13), por lo cual ella podía reclamar como propio uno de los ideogramas básicos del mito fundacional de Estados Unidos. Ningún cambio político, social o cultural era capaz de alterar la matriz española del suroeste norteamericano: “esta zona fue y en cierta medida sigue siendo española”, concluye (26).

Economías del campo

El Instituto de las Españas de Columbia fue la pieza principal de un proyecto político destinado a controlar un espacio pedagógico en disputa. Surgido en 1920 con el apoyo de comerciantes locales y del gobierno español, el Instituto será caracterizado como una “obra patriótica” frente a otras organizaciones dominadas por panamericanistas, entre ellas la Asociación de Profesores de Español: “se mira al Instituto —escribe Onís— como el organismo defensor y difusor de la cultura . . . frente a la concepción panamericanista que niega y excluye a España” (citado en Naranjo et al. 161). Pero también cumpliría funciones complementarias con relación a la diplomacia propiamente europea en Estados Unidos. Reflexionando sobre el futuro de los programas culturales españoles en el exterior, Onís indica a Castro en 1928: “es un campo que sería suicida abandonar. . . . Si los franceses, italianos, ingleses o alemanes lograsen lo que nosotros hemos logrado . . . tener *una intervención directiva en una obra hecha con medios norteamericanos*, se considerarían muy felices; porque no escatiman sus propios medios para propagar su cultura en Estados Unidos” (*Cartas* 132; el destacado es mío).

Centro de relaciones públicas de España en Estados Unidos, el Instituto contaba con la colaboración y apoyo económico del Ministerio de Instrucción Pública y la Junta de Relaciones Culturales de España, así como de la Cámara de Comercio Española en Nueva York. Era, en ese sentido, una institución autárquica de carácter público-privado, cuya misión se situaba más allá de las aulas. En el plano específicamente universitario, el Instituto promovía actividades culturales (conferencias, conciertos y representaciones teatrales), realizaba una fuerte labor editorial y publicaba la *Revista Hispánica Moderna*. Las actividades del Instituto, que preceden en muchos años a la Guerra Civil, afianzan sus objetivos durante la República y se mantienen durante el franquismo, período durante el cual la idea de la España fronteriza y extraterritorial cobra una nueva significación, en la medida que se convierte en el espacio imaginario del exilio, aunque sin renunciar a la tarea de servir como instrumento para el fortalecimiento de las economías culturales de España en Estados Unidos.

Desde sus comienzos, la JAE había gestionado la idea de modernidad española posimperial promoviendo su carácter de proyecto científico autónomo de los

vaivenes político-partidarios (Naranjo et al. 124–25). Para la dirigencia de la JAE, toda acción cultural en el exterior debía realizarse en nombre de la nación y no de sus partidos: su lógica debía ser la del funcionariado, por lo cual sus integrantes debían permanecer alejados del debate ideológico y de toda crítica al régimen de turno, ya fuera la dictadura de Primo de Rivera o el gobierno de Estados Unidos (126). En el caso de Onís, la defensa de la neutralidad profesional tenía una dimensión económica palpable. Uno de los significados implícitos de la idea de la “España eterna” (reconciliada, armónica y regenerada) era el de fortalecimiento de las relaciones entre el Estado y las empresas peninsulares con Estados Unidos, más allá de la coyuntura política. A pesar de sus tendencias republicanas, la correspondencia de Onís muestra de qué modo evitó invitar al Instituto a intelectuales de izquierda, sobre todo comunistas, por las sospechas que sus actividades podían despertar en Estados Unidos (259).

La dimensión económica derivada de la defensa de la “España eterna” resulta clara en “Nuestra España”, un artículo publicado por Onís en 1927 durante la dictadura de Primo de Rivera en la *Revista Mensual de la Cámara Oficial Española de Comercio en los Estados Unidos*, organización que apoyaba económicamente al Instituto. Allí, Onís señala: “Dentro de España luchan los partidos y tratan de imponer sus afirmaciones contradictorias, que muy a menudo no son más que negaciones. Nuestro sentido de la patria es más comprensivo y aspira a afirmarlo todo sin negar nada” (*España en América* 101). Lo que debía promoverse era una política cultural destinada a reafirmar la imagen de España como nación carente de divisiones o fracturas internas, más allá del régimen político de turno. En esa misma nota escribía que “los que vivimos fuera sentimos sin esfuerzo la unidad de España y estamos siempre dispuestos a juntarnos para darnos la mano en nombre de algo español” (101–02). Por eso se propone construir una “comunidad más profunda que todas estas divisiones de partido”, rechazando la catalogación de ciertos escritores como representantes de posturas ideológicas específicas (502).

Cuando Jacinto Benavente visita Nueva York en marzo de 1923 después de haber ganado el Premio Nobel, Onís no solo pasa por alto toda referencia a los numerosos conflictos políticos y sociales por los que atravesaba España y que llevarían pocos meses después al golpe de estado de Primo de Rivera (conflicto obrero, auge del republicanismo, acentuación del nacionalismo catalán y descontento por la guerra en Marruecos), sino que cuestiona a aquellos que acusaban al dramaturgo de conservador. Para Onís el teatro de Benavente era ante todo “español porque radica en lo más íntimo y eterno de la actitud moral que entraña la civilización española”, la cual consistía para él en el sentido “fino y profundo del respeto al hombre y a su plena libertad” (503). De hecho, Onís señalaba que el Nobel era una oportunidad única de convertir al escritor premiado en un valor de mercado. En un pasaje clave escribe: “podría tacharse de interesado nuestro elogio [a Benavente] y creerse que nos guiaban móviles de propaganda. . . . Nosotros seguimos creyendo en el aforismo antiguo de que el buen paño *vende*” (504; el destacado es mío).

Después de 1936, a pesar de participar activamente en los grupos de apoyo a los académicos españoles exiliados, Onís se abstendría no solo de criticar abiertamente la dictadura de Franco en sus publicaciones, sino también de formular cualquier referencia al presente político de la Península. Una posición similar

tomaría Castro, quien después de llegar como exiliado a Madison, Wisconsin, escribe a Amado Alonso en 1937: “Ahora hay que callar y fastidiarse . . . yo sigo con mi España dentro de la cabeza, que nada tiene que ver con las desnaturalizaciones a que la realidad la someta”. Este silencio es aún más patente durante la Segunda Guerra Mundial, cuando el apoyo de Onís a la causa de los Aliados lo lleva a revisar su europeísmo “regeneracionista”. Por eso lamentará “el fracaso y la decadencia” de Alemania, un país, en su opinión, antes abierto a culturas antiguas y modernas (501), pero evitará mencionar el franquismo.

Aunque fundado en las economías culturales en el exterior desarrolladas por la JAE, el proyecto de Onís no replicó, sin embargo, todos sus postulados ni encontró correlato directo en obra de otros intelectuales de la época. La institucionalización de un campo de conocimiento llamado específicamente “estudios hispánicos”, así como la promoción de la idea de España como frontera móvil y de un hispanismo fuera de los márgenes normativos del Estado peninsular no siempre fueron entendidos por la dirigencia española. La publicación de su monumental *Antología de la poesía española e hispanoamericana (1882–1932)* (1934), que está sostenida en estas premisas, encontró resistencias en Menéndez Pidal, a quien Onís escribe en abril de 1934:

me ha parecido notar desde el principio una reserva o indiferencia hacia este ensayo mío de estudio hispanoamericano, que creo que está hecho con máxima seriedad y precaución científica. Creo, además, que es muy propio que el Centro [de Estudios Históricos] abra el camino del estudio de la literatura hispanoamericana, y creo también que mis puntos de vista hacen resaltar la unidad hispánica frente a tanto error parcial, negativo y separatista como hay en América y España. (Citado en Naranjo et al. 364)

Con todo, la reconversión crítica de los saberes disciplinarios que guiaba el programa de Onís no llegó a quebrar las premisas de largo plazo que gobernaban sus designios, y en ese sentido estuvo lejos de llevar a sus máximas consecuencias los conceptos diferenciales a partir de los cuales se había constituido. Los significantes que propuso el hispanismo de Onís —estudios hispánicos, frontera— son capaces de tener resonancias contemporáneas; su manera de entenderlos, no. La constitución histórica de España como potencia política y económica imperial le sale al cruce siempre, y sus postulados se valen de paradojas que no son tales. Incapaz de abandonar el criterio expansionista y guerrero del casticismo en el que se sitúa como punto de partida, Onís no llega a abrazar la movilidad con que quiere dotar a su proyecto en el momento de inscribirlo en América, y de planear extenderlo incluso a Salónica y a Tánger, en un arriesgado pero fallido intento de pensar la vida de una lengua global a la deriva en espacio y tiempo.

O B R A S C I T A D A S

Castro, Américo. Carta a Amado Alonso. 13 de abril de 1937. Archivo de Amado Alonso. Residencia de Estudiantes, Madrid.

Degiovanni, Fernando. *Vernacular Latin Americanisms: War, the Market, and the Making of a Discipline*. U of Pittsburgh P, 2018.

Fernández, James D. *Brevísima relación de la construcción de España y otros ensayos transatlánticos*. Polifemo, 2013.

Naranjo, Consuelo, María Dolores Luque, y Miguel Ángel Puig-Samper, editores. *Los lazos de la cultura: el Centro de Estudios Históricos de Madrid y la Universidad de Puerto Rico, 1916–1939*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2002.

Onís, Federico de. *Cartas con el exilio*. Edición de Matilde Albert Robatto, Edición do Castro, 2003.

———. *España en América*. Editorial Universitaria, 1968.